

PQ 1783

.R4

C4

1883

v. 2



EL CEMENTERIO

DE LA

**MAGDALENA.**



NOCHE SESTA.



Volvamos á mí, que por un nuevo accidente vine á dar otra vez en la Abadía.

Al entrar en esta prision me separaron de mis compañeros, encerrándonos en distintos calabozos. En el mio se presentaban á la imaginacion funestos recuerdos: habianlo ocupado en las terribles ejecuciones de setiembre

el señor Montmorin, ministro del rey, Thierry, su ayuda de cámara, y los eclesiásticos Rastignac y l'Enfant, ancianos respetables, que salieron con resignacion á recibir la muerte, de la capilla donde absolvieron á otros infelices mártires.

Solo pasé una noche en esta mansion horrorosa, pues al dia siguiente me trasladaron á la Conserjería, donde estuve sin comunicacion unas dos horas, al cabo de las cuales me llevó un alguacil á la sala de audiencia.

A un gran bufete que ocupaba el centro, estaban sentados dos sujetos vestidos de negro, con plumages en los sombreros que tenían puestos, y por distintivo les ceñía una banda tricolor. Eran estos personajes el presidente y uno de los ministros del tribunal extraordinario, establecido el 17 de agosto para juzgar á los sospechosos del nuevo delito de *contrarevo-*

*lucion.* Hiciéronme un interrogatorio muy superficial acerca de mi conexion con la real familia, con lo que manifestaron tener noticia del motivo de mi primer arresto; mas fuese por parecerles este segundo ménos importante, ó porqué el interrogatorio se reducía á una mera fórmula, lo cierto es que no me molestaron con muchas preguntas. Acabadas estas mandaron que se me trasladase al Temple; por donde eché de ver que intentaban castigar mi zelo en favor de los presos, haciéndome partícipe de sus cadenas; y como esto era para mí un galardón, me encaminé alegremente á la torre, acompañado de los gendarmas.

Dejáronme en la antesala de la habitacion, donde dormí cuando hice al rey mi primera visita; pero no estuve allí mucho tiempo, pues en breve me pasaron á la misma sala.

Grande fué mi admiracion é igual el

sentimiento de ver al lado de una mesa, ocupada por los tres jueces, á los señores Malesherbes, Chamilly y Clery, que estaban en pié con la cabeza descubierta; y del mismo modo me hicieron poner á su lado. Entónces conocí que estábamos ante el tribunal, señalado ya por su rigor implacable.

El juez que hacía de presidente, nos permitió sentar, y aun quedó á nuestro lado una silla vacante. Ocupóla en breve una señora, á quien hicieron comparecer, y que por su andar magistoso, cabeza erguida y mirar altivo, conocí era la reina. Es inesplicable la sensación que me causó esta visita inesperada, pues aun no estaba hecho á ver la magestad real humillada y rendida á la fuerza popular.

Al entrar la reina nos levantamos los cuatro, y esperando á que se sentase, el presidente nos mandó ocupar las sillas. Hube de obedecer, insinuan-

do á S. M. con una mirada, cuánto me costaba esta descortesía involuntaria.

En esto comenzó el proceso. El escribano leyó una acusacion corta y reducida á estos dos puntos: correspondencia de la reina con los caudillos del partido emigrado que ha tomado las armas contra Francia, y medio con que han facilitado esta correspondencia los amigos de la reina. Acusábanla del primer artículo, y á nosotros del segundo; pero contra nosotros resultaban indicios vagos, fundados mas bien en presunciones que en hechos, al paso que había contra S. M. una especie de prueba material, mas convincente.

En efecto, uno de los jueces que hacía de relator, manifestó en apoyo de la acusacion, un pañuelo de museлина, guarnecido de una larga cinta de papel fino, en que estaba escrita la carta siguiente:

## CARTA DE LA REINA.

(SIN DIRECCION)

*(Documentos justificativos, núm. 11.)*

« Tenemos, según me han dicho, dos partidos; uno para restituir al rey el poder hereditario que le trasmitió Enrique IV, y el otro para afianzar su autoridad disminuyéndola. Entrambos se perjudican por su rivalidad, y al contrario reunidos, pueden alterar las circunstancias, y dar principio á nuevos acontecimientos. Para efectuar dicha reunion, á que accede el rey, exigen de mí, que sacrifique mis derechos y mi ternura maternal, renunciando dos tronos, é igualándome con la muchedumbre. Esto es lo que pretenden, y ved lo que respondo.

Escedería mi vileza y mi culpa á la

de los sediciosos que me han encadenado, si comprase la libertad á precio tan indecoroso. Hija de un emperador, esposa de un monarca, y madre del Delfín de Francia, no admito otra alternativa, que morir, ó vivir coronada: mi destino es el trono, ó un cadalso. Sangre real de María Teresa! protesto conservarte pura hasta el sepulcro, así como te he recibido: y tú, ilustre niño, á quien la naturaleza hizo mi hijo, y las leyes harán mi soberano, nunca podrás quejarte, ni de mi amor ni de mi respeto. Algun día, cuando arranques á nuestros opresores el cetro ensangrentado de tus abuelos, repetirás con gratitud: mi madre menospreció la vida y la libertad, por no comprarlas á costa del honor.»

Un corto silencio sucedió á esta lectura, durante la cual se notó en el semblante de la reina una noble indignacion. Malesherbes, filósofo acostum-

brado á leer en la espresion del rostro los afectos del corazon, estaba admirado del carácter heroico de la reina ; yo la observaba enternecido , y los jueces mismos no podían mirarla sin veneracion. Reconocéis esta carta ? le preguntó el presidente. — Cuando la escribí , no tuve mas objeto que espresar mi pensamiento : ahora que es pública , hago alarde de haberla escrito. — Quiénes son vuestros cómplices ? — Esta pregunta supone otra , á la que hubiera respondido afirmativamente. Cómplices !... y quién os ha dicho que los tengo ? — Vuestra carta , en que respondéis á una propuesta hecha anteriormente. — ¿ Tan ingrata y vil os parezco que me suponéis capaz de revelar los autores de ella ? — La ley os lo manda. — La justicia me lo prohíbe. — Las pruebas que ha adquirido el tribunal por medios legales , acreditan que tenéis al lado á vuestros cómpli-

ces. — Pues si lo sabéis , ¿ á qué preguntármelo ?

Perdió entónces Maleshérbes su serenidad , y levantándose con viveza , dijo : Señor presidente , acabáis de asegurar que conocéis á los sugetos á quienes escribía la reina , dándoles el dictado de cómplices , y aun habéis añadido , que los tiene á su lado. Por ventura habláis de nosotros ? Aclarada en breve la verdad , respondió el presidente , se verá confundida la impositura , cuyo castigo tienen preparado las leyes.

Volviéndose de nuevo á la reina , dijo : Señora , ese heroísmo que ostentáis , no es otra cosa que un bello disfraz para encubrir el artificio. Por vuestra carta se justifica que hay dos partidos , el uno para restituir al rey la plenitud de una soberanía que el pueblo acaba de conquistar , y el otro para consolidar la autoridad real modi-

ficándola; encaminados ambos á sacar á vuestro esposo del encierro, decretado contra él por los representantes de la nacion. Aunque estas dos facciones parecen irreconciliables, tenemos prueba de que hay entre ellas un punto de contacto. El primer eslabon de esta cadena, forjada contra nuestra libertad, está asegurado en la orilla del Rin, y el último en Paris, el cual ya lo tenemos asido. —

Contenta y sorprendida la reina al ver que por una apariencia engañosa, desconocía el tribunal la verdad del hecho, respondió al presidente: Ya os he dicho que no solo reconozco la carta, sinó que la considero como un título honroso. ¿Podrías sin la mayor injusticia hacerme causa de unos pensamientos naturales y generosos? No negaré que he conspirado para restituir al rey la libertad y la corona; pero ¿quién de vosotros no hubiera he-

cho lo mismo en mi lugar? Cualquier monarca destronado conspira para adquirir de nuevo su trono, así como un preso para conseguir su libertad: á sus opresores toca el redoblar la vigilancia. Decís que libro mis esperanzas en las tropas reunidas á la otra parte del Rin: no os lo niego.

Cercada de perseguidores y de enemigos, ¿queréis que no acepte el servicio de los que se han armado por mi causa? ¿Desdeñáis por ventura á los que defienden la vuestra? Estando los dos ejércitos contrarios á la vista uno de otro, ¿no han de hacer todo lo posible para vencer y conseguir su objeto? ¿Cuáles son además las leyes que me prohiben estas tentativas? Vosotros, fieros enemigos, rivales soberbios de los reyes, ¿á cuál de ellos imitaríais, autorizando unos decretos tan despóticos? En cuanto á las personas intermedias que os imagináis ya des-

cubiertas, debo deciros con mi genial franqueza, que estáis engañados. Una fiel paloma ha burlado la vigilancia de las centinelas, trayéndome por el aire una lisonjera esperanza. Ignoro quien me la haya enviado; solo sé que debía llevar colgada, bajo sus alas protectoras, la cinta en que iba escrita mi respuesta. Ahora bien, magistrados revolucionarios, ¿podrá espantaros una ave tímida? Si es preciso que se derrame sangre, venid al mirador donde se me permite pasear, y allí podréis coger á este gran delincuente, y sacrificarle á la seguridad del estado. —

No es posible formar una idea exacta de la inflexion irónica que dió á su voz la reina, pronunciando estas últimas palabras; de la alegría interior que nos causó, y de la consternacion mezclada de despecho que alteró el semblante de los jueces. Despues de un silencio vergonzoso, durante el cual

la reina los miraba con un ceño triunfante, el presidente recogió en secreto los votos de sus compañeros, y en seguida nos declaró libres con voz muy turbada. Volviéndose luego á la reina, dijo: Señora, mis opiniones y mi deber no me permiten desear el feliz éxito de vuestros anhelos, porqué trastornaría al nuevo Gobierno; pero el noble carácter, la grandeza y serenidad de ánimo son admirables en todos tiempos, y sé hacer el debido aprecio de estas prendas que tanto os distinguen. — Levantóse la reina, atravesó la sala con dignidad propia de la hija de María Teresa, y nos saludó con una indiferencia tranquila. A Clery le fué permitido quedarse en el Temple, y yo salí de él con los otros compañeros, quienes inmediatamente se retiraron á la quinta del señor Malesherbes.

Edwino, á quien tenía sumamente inquieto mi nuevo infortunio, me a-

brázó con el mayor encarecimiento. La voz pública que le informó de mi segundo arresto, había desfigurado en gran manera la verdad, y mi alumno me contemplaba condenado á morir en el cadalso, como Laporte y Durosoy. Por consecuencia el regocijo que manifestó al verme otra vez libre, fué igual al temor que le había acongojado. Observando yo que no se atrevía á hablarme de los presos, le di nuevas de ellos. Admirado de la entereza con que había triunfado la reina, dijo: Téngola por afortunada, pudiendo oponer á tantas desgracias una frente serena y un carácter inflexible; pero su infeliz hija no tiene otras armas contra sus enemigos, que su amabilidad y ternura. Aquí se detuvo Fitz-Asland sonrojado, rezelando sin duda haberme incomodado escediéndose. Y pues, querido, le dije estrechando su mano, ¿cómo está ese llagado corazon? Cada

vez, padre amado, se empeora mas la herida, me respondió: en vano me hace ver mi razon la distancia que me separa del objeto á quien idolatro, pues el amor, mas diestro é ingenioso, sabe encubrir aquel intervalo, y aun transformar los obstáculos del cautiverio en medios propios para alcanzar el fin. Efectivamente, ¿sería una cosa nueva hacer por reconocimiento lo que prohíbe la política? Si lograrse yo libertar á mi amada princesa de la horrible prision y de sus inhumanos verdugos, ¿á quién debería mas que á mí? No debería su felicidad á quien la rescatase? O! ; si estuviera en mi mano, añadió con mayor exaltacion de afecto, sacarla de aquella morada tenebrosa donde yace! ; Si me fuera dado arrebatarla con mis brazos cariñosos, y salvar tan preciosa carga en la ribera contrapuesta del mar! Allí donde no hay ambiciosos que derriban el trono de los



reyes para levantar el de su fortuna, ni almas insensibles á quienes no conmueve el llanto de una beldad; allí en el retiro apacible del campo, cifraría mi dicha, ó idolatrado bien, en hacer te venturosa; y aunque nacida para adornar un trono, podrías reinar en cuantos corazones te rodeasen. Qué gozo! ; qué ventura fuera la mia, si pudiera hacerte un solio de céspedes, enramado de flexibles vástagos, que encorvados formasen un pavellon verde y pomposo, para guarecerte de los ardores del sol! ; Qué ventura, repito, ceñir tus inocentes sienes con una guirnalda de frescas flores, juntar al rededor de ti las zagalas de la aldea, que te admirarían por tu natural bondad, y conseguir por premio de tan puro afecto una sonrisa afable y tierna!... Ah! mi querido padre, añadió Edwino, llorando de gozo, ¿no es excelente mi proyecto? —

En otras circunstancias, ménos funestas y peligrosas para la familia real, léjos de tomar parte en los designios quiméricos de mi alumno, le hubiera disuadido de ellos y vuelto á la razon, por medio de la autoridad y ascendiente que me daban mis años, mi carácter, mi profesion y mis principios. Pero conmovido á vista de la cuchilla centellante, pronta siempre á caer sobre unas cabezas tan apreciables para mí, ¿podría ser escrupuloso en elegir los medios para evitar aquel golpe? Fitz-Asland por su ilustre nacimiento, sus riquezas, su amabilidad y sus conexiones, podía influir esencialmente en la suerte del rey. El último acontecimiento que acababa yo de presenciar, y en el que había sido comprometida la reina, desvanecía todos mis escrúpulos. Conociendo lo útil que me podía ser el amor en estas circunstancias, me desentendí de una

moral demasiado severa , resolviéndome á valerme de aquel instrumento. Al mismo tiempo, como hubiera sido poco decoroso y aun arriesgado fomentar aquella pasión, que no aprobaba, aunque pretendía hacerla útil; me limité á indicar ligeramente á mi alumno los peligros de su amor, dejando á su invencion los medios de superarlos.

Pasáronse dos dias , en cuyo tiempo padecí una violenta fiebre , y no queriendo fiarme de persona alguna para continuar las averiguaciones y tentativas, me contenté con permitir á Edwino algunas salidas por la noche. Llegada esta se encaminaba mi alumno, envuelto en su capa y sin otra luz que la de los faroles, á una esquina solitaria que daba enfrente del patio del Temple. Ocupábase allí ya en observar á los presos y á sus centinelas, ( en lo que hallaba cada dia mayores dificul-

tades, por aumentarse la estrechez de la prision) ya en tocar suavemente una flauta y cantar algunas letrillas patéticas, á las que no correspondieron la primera noche, y sí la segunda, repitiéndolas en el fortepiano. Atribuyó Edwino á la reina la primer sonata con que le habían respondido, por ser muy viva y ligera; pero habiendo sucedido á esta una música tierna y patética, se imaginó que pulsaba las cuerdas María Teresa; y aun llegó á figurarse que habiendo sido conocido, se encaminaba á él mismo la música del piano. ¡ Feliz ilusión de los amantes, que hace mas halagüeños los favores imaginados que los verdaderos y reales! Quítese al amor su cendal engañoso, y se verá cuán reducidas quedan sus delicias.

Al tercer dia, que era el 21 de setiembre, se agravó notablemente la calentura que me atormentaba, y aun se hizo muy peligrosa, cuando en el pe-

riódico intitulado *Diario de la tarde*, leí que habiendo celebrado la Convencion su primera junta, declaraba *república* á la Francia. No porqué mi opinion se oponga absolutamente á esta forma de Gobierno, el mas racional sin disputa, y acaso el que se conforma mejor con la naturaleza. Habiendo nacido en un pais, donde la Constitucion reparte los poderes entre el pueblo y el monarca, manteniéndolos en un equilibrio perfecto, y estando imbuido desde la infancia en los escritos de Delolme, y habituado á discutir y juzgar de las deliberaciones de nuestro parlamento; no podía llevar á mal que la Francia adoptase un régimen algo parecido al de mi patria. Pero confieso que la hermosa palabra *república* me estremecía y horrorizaba en aquellas bocas sanguinarias, pareciéndome que al paso que decretaban el esterminio de la monarquía, des-

honraban la cuna de la independencia. Solo á los hombres virtuosos correspondía proclamar un Gobierno, que supone y exige toda clase de virtudes.

Manuel, que vino á visitarme al día siguiente, desvaneció en algun modo mis temores, diciéndome: Los sucesos nos han arrebatado en su curso impetuoso, y hemos tenido que ceder. Antes de hablar de Gobierno democrático, pensábamos en amalgamarlo con la monarquía, arraigándolo en la opinion y en la moral del pueblo, porqué á la revolucion que se está efectuando, solo faltan hombres. Pero los partidarios de la anarquía, que no creen haber llegado al término hasta haber traspasado todos los límites, querían un Gobierno revolucionario, esto es, pretendían armar á los magistrados y á la muchedumbre sediciosa con los cuchillos del 2 de setiembre, que en cierto modo hemos arrebatado

de sus manos. Si no ha sido completo nuestro triunfo, al ménos los hemos casi enteramente derrotado.

El establecimiento de la república, cuyo nombre ofrece un Gobierno regular, aniquila la anarquía: Orleans y su facción tiemblan ya en la cima de la montaña, y la elección de los sugetos destinados á ocupar las primeras dignidades de la asamblea, acaba de trastornarlos. Nos hemos descartado de los sangrientos verdugos que han salido de la municipalidad: Petion es presidente, quiero decir, la prudencia y la humanidad misma: tranquilizémonos pues en orden á la suerte del reino y del monarca. En vano los mas viles facciosos andan esparciendo que es absolutamente necesario que se sujete la conducta del rey á un juicio; el mayor número de los de la Convencion es justificado y vigoroso, y no tolerará cosa alguna contraria á la justicia y á

la verdadera libertad. Hablando entre nosotros, la mayor honra que pudiera hacerse á Luis, sería presentarle en un juicio, donde pudiera ostentar sus virtudes, y su enemigo no tendrá la imprudencia de dar este paso. Pero en suma, vayan como quiera los asuntos, estemos en esto: Petion nada ha perdido de su prudencia, Vergniaud de su elocuencia, ni Guadet de su energía. Por consiguiente debemos confiar en la osada destreza de unos hombres, que han quitado todo pretexto á las sediciones sanguinarias, obligando á un enemigo poderoso y vencedor á dejar desembarazadas nuestras fronteras. Verdad es que Dumouriez conspira; pero ¿acaso será mas temible que Artois ó Condé? Pocos dias se pasarán sin despojar del mando á aquel traidor, que tendrá que ir á la corte de San-Jámes ó á la de Berlin, á reclamar la paga de sus servicios. Por lo que

haceá nosotros, ménos ocupados en hacer el bien que en evitar el mal, vamos á dar principio á nuestro ministerio público, debiendo cesar con él nuestras juntas secretas. A Dios, amigo mio : me verá Vd. siempre caminando por la senda del honor y de la verdad. —

Por estas últimas palabras comprendí, que tomaba otro aspecto la intriga política, á que había dado el primer impulso Manuel, limitándose ya á defender la vida del rey, y tal vez á restituirle su libertad; pero sin tratar como ántes, de pasar al hijo la corona arrebatada al padre. Los que componían este partido, eran republicanos ó filósofos : á los primeros tenía Toulan por ambiciosos; y pues ya manejaban el timon del Gobierno, bien por efecto de cálculo ó por acaso, no había que esperar quisieran cederlo. Aunque satisfecho de su honradez, por

haberme dado pruebas de ella, no por esto los consideré defensores de una causa, que ya era inútil para sus ascensos. Por resultado de mis meditaciones vine á concluir, que ya no me quedaba otro apoyo que el de Toulan.

Entre tanto Fitz-Asland, noticioso de que se alquilaba un cuarto tercero fronterizo á la torre del Temple, me pidió permiso para tomarlo. Condescendí, encargándole que no se arriesgase mucho; y él me aseguró que nada debía rezelarse, pues en esto ni aun cabía la menor sospecha, tomando el cuarto en su nombre, y habitándole madama Melwood y su querida Paquita. Luego que estas señoras vivan en él, añadió, tendré el gusto de llevar á Vd. allá. A mas de poder pasar allí un rato agradable, imagino que no le disgustará á Vd. estar cerca del Temple. Le dije á Vd. que me prometía ser útil

á los presos, y ya ve Vd. que empieza á cumplirse mi vaticinio. —

Aunque me molestaba el mal todavía, visto el giro que tomaban los negocios, cuyo éxito aumentaba mi inquietud, me resolví á visitar á Toulan, quien al verme se esplicó así: Los obstáculos se multiplican, y si queremos salir con la nuestra, es forzoso redoblar la actividad, la destreza y el vigor. La municipalidad acaba de poner incomunicados á los presos, y de este modo se hace mucho más difícil nuestra correspondencia con ellos. Por otra parte, la facción regicida no cesa de dirigir representaciones, pidiendo que se juzgue á los reyes: si esto se verifica, ¿cuál será el resultado? Lo que más nos interesa, es evitar el juicio, y del mismo dictámen es la reina, á quien pude hablar cuatro palabras sobre el particular. Ella exige que pongamos por obra inmediatamente nues-

tro designio, y yo también creo que no hay tiempo que perder.

Después de haber manifestado á Toulan que mi parecer coincidía con el suyo, le pregunté, si había adelantado algo, y me respondió de esta suerte: Mis partidarios y yo no desperdiciamos coyuntura alguna, para preparar los ánimos al gran golpe que tenemos proyectado. Observamos á los malcontentos, y procuramos aumentar su número; despertamos el orgullo de los nobles, separados de sus empleos por la revolución; la avaricia de los comerciantes, con el peligro que amenaza á sus riquezas, y el apego de los hacendados á sus posesiones, con la pérdida de ellas. Escitamos además el zelo de los eclesiásticos, cuyo sagrado ministerio se tiene por un crimen; el de los magnates, sumergidos de la cima del poder y la opulencia en la ignominia y el abatimiento; el de los sujetos bien

acomodados, pintándoles perturbada su tranquilidad con el nuevo sistema; y en fin, acaloramos á las gentes dotadas de una imaginacion fogosa, entre quienes se cuentan muchas señoras. Un gran número de nuestro partido reside en Paris, y podemos contar con su fidelidad: á la primera señal se pondrán sobre las armas acaudillados por sugetos leales. Por lo que hace á los auxiliares de las provincias, los creemos igualmente seguros, si nuestros corresponsales no nos engañan. En los países estrangeros podemos fundar iguales esperanzas de un éxito feliz. Sabemos por conducto seguro que el emperador accederá á nuestra conspiracion: tambien contamos con el auxilio del rey de Cerdeña y de la reina de Nápoles. Ultimamente, si la España no se declara en nuestro favor, por lo ménos se mantendrá neutral, y aun tenemos probabilidad de que interpon-

drá su mediacion en el asunto, proponiendo las condiciones. Por lo dicho entenderá Vd. que así dentro como fuera del reino hemos manejado, estimulado y puesto en movimiento todos los intereses personales, reuniéndolos en un centro comun. Si me pregunta Vd. ahora cuándo comenzará á representarse este drama político, cuyo plan tenemos ya concebido, y aun preparadas sus escenas, responderé, que su ejecucion depende de las circunstancias y de los acontecimientos. —

No me desagradó este bosquejo, pues á mas de una perspectiva lisonjera, presentaba un designio mas noble, mas claro, ménos complicado y de objeto mas terminante que el de Manuel. La ambicion, mas bien que el amor á la patria, era el móvil de la última empresa, pues á escepcion de Malesherbes, todos los partidarios de ella aspiraban, tanto á ser los primeros magis-

trados de la patria como sus libertadores. Por el contrario en el proyecto de Toulan, todos los deseos, todas las opiniones se encaminaban á un solo objeto; á saber, al rescate, triunfo y restablecimiento de la familia real. Cierto es que para lograrlo, se necesitaba no solamente arrancar el cuchillo de mano de los sediciosos anarquistas, sinó tambien las riendas del Gobierno á los republicanos; operaciones que presentaban muchas dificultades. Acaso el decreto de una bárbara política hubiera confundido los unos con los otros, persiguiendo con la espada del rey á los amigos y enemigos de la patria; pero esta injusticia horrible á mis ojos, lo era tambien á los de Toulan, el cual, mas bien amante que realista, como ya he dicho, veía en el buen éxito de la conjuración, ménos la victoria de la autoridad real que la de la reina. Por tanto, aun suponiendo un resultado

favorable, era preciso abstenerse, así por prudencia como por humanidad, de mancillarlo con sangre inocente. Con sumo sentimiento reconocía la necesidad de derramar la de los principales delincuentes; pero envolver en la proscripción á hombres, cuyo pecado no era otro que opinar diferentemente que el vencedor, hubiese sido resucitar la jurisprudencia del siglo xiii, las funestas máximas de Maquiavelo y la conducta de los caníbales.

Tales consideraciones nos movieron á resolver que en presentándose la coyuntura, se confiase la ejecucion del plan á un corto número de sugetos de entereza y de prudencia, á fin de que á los delitos, cometidos por el terror revolucionario, no se siguieran otros mayores y de una peligrosa reaccion.

En cuanto al vulgo, que nunca ve sinó lo que le enseñan, estuvo en mera expectativa desde esta época hasta



el 11 de diciembre, día en que fué conducido el rey á la Convencion, donde se le hizo el primer interrogatorio. Paso en silencio las precauciones tiránicas que usó la municipalidad con los presos, y la visita que les hicieron cuatro individuos de la asamblea, por haberse todo publicado en los periódicos de aquel tiempo; y voy á referir lo que ellos no han dicho, ni la muchedumbre ha podido observar.

Se ha repetido muchas veces, que la necesidad es madre de la industria, y así es la verdad; pero á veces tiene esta su origen en un principio mas noble y no ménos ingenioso, que es el amor. El que Fitz-Asland profesaba á la hija del rey, á mas de hacerle idear el medio de verla y ser visto de ella, le había sugerido el de entablar una correspondencia seguida, no entre mi alumno y la princesa, (por no comprometer el decoro de esta) sinó entre mí y los

presos. Quedé en gran manera maravillado, cuando me introdujo en la casa que tenía alquilada enfrente de la torre, donde fuí muy bien recibido por madama Melwood, la cual me pareció digna de haber escitado en otro tiempo una pasión, segun el interes que aun inspiraba. Como había tantos motivos para estrechar nuestra union y confianza mutua, sin contar con el paisanage, en breve nos hicimos amigos. Amaba á Edwino como á hijo, y desde luego había accedido á sus deseos, igualmente que Paquita, á la que no vi en esta primera visita; y entrambas habían dejado el cuarto que habitaban en la calle del Sena, por venir á ocupar este. El triste aspecto de aquella torre gótica, y el espectáculo de los reyes que la habitaban hechos juguete de la fortuna, decían muy bien con el alma afectuosa y melancólica de madama Melwood. Esta tenía en su cuarto

un organillo portátil, cuyo sonido fuerte ó templado, segun era menester, correspondía al que de tiempo en tiempo salía de las torrecillas del Temple. Mas no se había contentado la industria de mi alumno con esta especie de comunicacion.

Encima de la habitacion de madama Melwood había un gabinetillo de figura octágona, en que había puesto Edwino una máquina óptica, por medio de la cual, escribiéndose cualquiera cosa en el cuarto del rey con caracteres blancos señalados en un lienzo negro, venían estos á reflejarse, aunque del reves, en un espejo plano, que los repetía en un vidrio convexo, donde se aumentaban y podían leerse. Esto bastaba para saber cuanto ocurría en la prision, y recibir órdenes de los reyes, mas no para responderles ni darles noticias; y á fin de lograrlo, valíase Edwino de diversos medios. Si quería

participarles alguna noticia de dia, empleaba la correspondencia oriental, es decir, ponía en la ventana varias jarras de flores de cierto modo concertado. ¿Ocurría algun acontecimiento imprevisto, que era preciso noticiar á los presos? entónces formaba las palabras necesarias con letras movibles de color resplandeciente, colocadas en un fondo oscuro; despues ponía detras de una gasa trasparente varias luces en medio del gabinete, y de esta manera suplía de noche el ministerio que de dia hacían las jarras: tal era la correspondencia ocular. Había otra, como he dicho ya, propia del oido, que formaban el piano de la reina, el órgano de madama Melwood y la flauta con que acompañaba Edwino. No contento este todavía con aquella comunicacion tan escasa, llegó á idear, en fuerza de repetidas esperiencias, una máquina, que le retrataba en lienzos preparados

al efecto, la imágen viva y colorida de los presos, y la ocupacion en que se entretenían. La primera vez que vió retratarse del modo dicho el cándido y bellissimo rostro de María Teresa, quedó estático y como fuera de sí, no pudiendo manifestar su enagenamiento y alborozo, sinó con las tiernas lágrimas que corrían por sus mejillas.

Parecióme que debía recompensar tanto zelo y esmero con una absoluta confianza de mis proyectos; y así se los comuniqué en presencia de su hermana y de madama Melwood, á quienes agradaron sobre manera. Todos convenimos en que la casa sería un despacho ú oficina intermedia entre el Temple y el partido favorable al rey; mas para no comprometer la seguridad de aquella, quedamos en no admitir mas que á las personas de un carácter firme y seguro.

Miéntas que nosotros por medió del

artificio, preparábamos los ausilios posibles á la fuerza armada, se hacía mas y mas temible y escandalosa la lucha entre la faccion de la anarquía y el partido republicano. Desde el momento en que Louvet acusó públicamente á Robespierre, no resonaba en la tribuna nacional sinó el grito de todas las pasiones irritadas. En vano los prudentes y los amigos verdaderos de la patria se afanaban por consolidar la fábrica del nuevo Gobierno, miéntas una horda feroz de salvages hablaba solo de esterminio, pretendiendo inundar con torrentes de sangre la república cubierta de ruinas. República! nombre que se estampaba en todas las paredes, en la fachada de palacio, en las bóvedas de los templos, y en la escarapela de los ciudadanos; al paso que el despotismo reinaba en todas partes, y la tiranía se apoderaba de toda la Francia. Marat escribía con